

1

Eva, Martín y Nina.
Madre, padre e hija.

Una familia feliz.

Pues lo tenían todo, decía Martín.

Casa, coche, «tele» y casa de verano.

Y... se tenían los unos a los otros.

2

Labios sonrientes son labios afortunados.

Labios apretados son labios malhumorados.

Sonrisa en los ojos, sonrisa en las mejillas.

Eres feliz, amiguita mía, con hoyuelos en las
rodillas y los dedos de los pies como abanicos.

Sonríe; si no, pagarás prenda.

3

Las personas felices deben sonreír, decía Martín.

Por eso Eva y Martín sonreían a menudo.

Sonreían siempre cerca de Nina.

Pero raras veces sonreían con los ojos.

Nina lo había notado.

4

«Aunque olvides que uno más uno son dos, nunca olvides ser bueno como un don de Dios».

La nana que cantaban a Nina cuando era pequeña.

Era buena cuando hacía lo que sus padres querían.

Era mala cuando hacía lo que le apetecía.

Las personas felices son buenas, decía Eva.

Por tanto, Eva y Martín eran buenos.

Eran unos padres buenos, decían.

5

Nina tenía una pesadilla a pesar de ser buena.

No se atrevía a contárselo a nadie.

A veces se despertaba de la pesadilla y lloraba.

Pedía a Dios que le quitara aquel mal sueño.

Pero la pesadilla volvía una vez más.

Alguien la perseguía.

Nina corría, pero apenas podía moverse.

Un hombre alto y delgado, con capa negra, se acercaba más y más.

Unos brazos largos y unos dedos lívidos intentaban alcanzarla.

De repente, Nina tenía un palo entre las manos, con el que pegaba repetidamente al hombre.

El hombre caía ensangrentado: era Martín.

Nina chilló y se despertó.

No entendía nada. ¿Cómo podía pegar a su padre, que era tan bueno?

6

Si los ángeles existen, serán como Nina, decía el tío Ole. Nina pensaba en cromos con purpurina plateada. Cromos de ángeles brillantes era lo más feo que podía imaginar.

7

Había una Nina que robaba cinco coronas y se compraba chocolate.

Había una Nina que pegaba varias veces a Jonás hasta hacerle daño.

Había una Nina que rompía a propósito el precioso cenicero de la tía Ria.

Nina no conocía realmente a aquella Nina.

La Nina que Eva y Martín amaban no se comportaba así.

A Nina no le gustaba aquella niña extraña que fingía ser ella.

Nina quería ser amada.

8

Nina tenía la barbilla de Ria y las mejillas de Otto. Las orejas de la abuela y los dedos de los pies del abuelo. Los ojos de Martín y el cabello de Eva. Las piernas de Gitta y la espalda de Ole. Nada era de Nina.

9

Una vez hubo un apagón.

Negro como la noche.

Martín y Nina se hallaban en la sala de estar.
Eva, en la cocina.

—¡Martín!

La voz de Eva no parecía suya. Fue como si hablara otra persona.

Una bocanada de aire frío recorrió la sala de estar. Entonces volvió la luz.

—No era como para tener miedo —dijo Martín.

—Yo tampoco tuve miedo —añadió Eva.

10

Y aquella vez tan terrible.

Nina tenía seis años y se escapó de casa.

Ya no recordaba por qué.

El resto no lo olvidaría jamás.

Anocheció y la oscuridad lo envolvió todo.

Nina lloraba y se sentía sola.

Un policía la encontró y la llevó a casa.

La luz de la ventana era agradable.

La puerta inspiraba seguridad.

Pero Eva lloraba y Martín estaba de pie detrás de su silla, pálido y serio.

—Nina —dijeron—. ¿Cómo has podido hacernos esto? ¿Cómo has podido asustarnos tanto?

La castigaron. Tuvo que acostarse sin palabras de consuelo, sin cena y sin que manos cálidas acariciaran sus mejillas.

Algo pasó en el ánimo de Nina aquella noche.

Todavía no sabe qué fue.

A lo mejor lo descubriría algún día.

11

¡Y había tantas cosas que Nina no comprendía!

A veces se oían voces fuertes detrás de aquella puerta cerrada.

De vez en cuando se oía el llanto de Eva en el dormitorio, cuando estaba sola.

De vez en cuando Nina se acostaba sin que Martín hubiese regresado a casa.

De vez en cuando había prolongados silencios entre Martín y Eva.

De vez en cuando era así.

Eva y Martín no hablaban nunca a Nina de ello.

A lo mejor, tan solo se lo imaginaba.

Pues eran felices.

12

—Cuando yo era niño —empezaba a menudo Martín.

Entonces Eva lo miraba con aire de fastidio.

—Suena como si tuvieras cien años —le decía.

Martín no sabía qué contestar.

Y, también a menudo, salía de la habitación.

13

—Estos son mis padres —dijo Eva un día mientras quitaba el polvo del marco negro—. Nina, ¿crees que me parezco a mi madre?

Nina observó el retrato y negó con la cabeza.

Eva contempló la fotografía durante mucho rato. Tenía los ojos clavados en ella.

—Ojalá no me parezca a mi madre —confesó en voz baja.

Nina no entendió qué quería decir.

14

El lunes 10 de julio, a las ocho de la noche, pasó algo que no entendieron ni Martín, ni Eva, ni Nina.

Había sido un día estupendo para Nina, jugando con sus amigos Silvia y Jorunn.

Ni una sola vez habían discutido.

—Nos veremos mañana —dijo Silvia.

—Sí —contestó Nina, llena de buenos deseos.

Pero lo había olvidado. Al día siguiente tenían que ir a la casa de verano.

Lo recordó al entrar.

Entonces se oyó a sí misma decir:

—No quiero ir.

Nina comprendió que era terrible.

Martín y Eva la miraron. No dijeron nada. Se hizo un silencio largo y penoso.

—Tienes que hacer tus maletas —dijo finalmente Eva.

—Sí, mamá —contestó sumisa Nina.

El eco de aquellas tremendas palabras desapareció.

Era como si no las hubiese pronunciado.

Como si todo fuera normal.

El lunes 10 de julio, a las ocho de la noche, Nina había dicho aquellas terribles palabras.

Tenía diez años y dos meses.

Se despertó por la noche y recordó que había pronunciado aquellas palabras.

Sabía que había hecho mal.

A pesar de todo era la verdad.

Tardó mucho rato en volver a dormirse.

15

—... y cortar el césped y escardar los macizos —dijo Eva.

—... y regar bien y pintar el cobertizo —dijo Martín.

—... y pintar los bancos del jardín y retirar las ramas secas —dijo Eva.

—... y traer más grava...

—Actividades paradisíacas —dijo Martín.

—Placeres de vacaciones —dijo Eva.

Nina dormía en el asiento posterior mientras el coche se adentraba más y más en el verano.

16

Veranoveranoveranoveranoverano.

Expectaciones de vacaciones, de casa de verano, de veraneo.

Vacaciones, ausencia de problemas.

Vacaciones, alejarse de la vida cotidiana.

Vacaciones, felicidad.

Eva y Martín estaban sentados en los asientos delanteros.

Iban llenando el verano con todo lo que harían.

Su verano.

Nunca le habían preguntado a Nina qué tipo de verano quería.

El verano de sus padres tenía que ser el verano de Nina.

17

—¡Por fin hemos llegado! ¡Nina, despiértate!

El coche estaba inmóvil. La casa de verano estaba inmóvil.

Igual que el verano pasado. O hacía dos años. Nada había cambiado.

Este año, igual que el año pasado, igual que hacía dos años.

Había que pintar los mismos bancos.

Había que escardar los mismos macizos.

Había que cortar el mismo césped.

El mismo.

—Ayúdame a llevar las cosas, Nina —dijo Eva.

Martín había entrado ya.

Nina salió del coche.

Pisaba el mismo caminito de grava que el año pasado.

Los mismos guijarros.
Eva le sonreía.
La sonrisa de verano.
La misma que el año pasado.
La sonrisa que llegaba a los ojos.
De repente se oyó un chillido procedente de
la casa.
Un chillido de espanto.

18

—¡Martín!
Eva dejó caer las maletas y se precipitó hacia
la casa.
Nina la siguió corriendo.
Se detuvieron en la entrada.
—Martín, ¿dónde estás?
—Aquí, en el dormitorio.
Subieron a toda prisa la escalera.
Eva se paró en la puerta.
—Martín, qué...
Se interrumpió y dejó escapar un grito
sofocado.

—¿Estaba así cuando entraste? —susurró.

—Sí —contestó en voz baja Martín.

Nina apartó a Eva para entrar en la habitación y vio que:

19

Alguien había estado acostado en la cama de matrimonio.

Los edredones se hallaban amontonados desordenadamente en el centro.

En la mesita de noche había varias pastillas de chocolate. Una, a medio comer.

Martín se agachó y levantó del suelo un par de zapatos azules de lona.

—Qué demonios... —empezó Eva.

—No lo sé.

Martín meneaba la cabeza.

Se miraron el uno al otro. Por encima de la cabeza de Nina.

Cada uno buscaba algo en la mirada del otro.

Nina sintió su angustia.

Entró un airecillo frío y llenó la habitación.
No notaban que Nina los observaba.
Ahora la habían arrojado fuera de su mundo.
Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.
Esto era algo que les pasaba a los demás.
Algo que se podía leer en los periódicos.
No podía ocurrirles a ellos.

20

—Es imposible —dijo Eva—, pero parece como si alguien hubiera vivido en nuestra casa.

Martín asintió con la cabeza.

—¿Pero quién? Martín meneó de nuevo la cabeza.

—Nunca he visto algo parecido —comentó Eva—. Casi no puedo creer lo que veo.

—Voy a avisar a la policía —propuso Martín—. Esto no puede ser. La casa es nuestra y también lo son las camas, y nadie más que nosotros puede vivir aquí.

—Imagínate que estuvieran aquí todavía —dijo Eva.

Todos callaron un momento.

A Nina le pareció que el silencio se llenaba de pasos sigilosos y de susurros. Iba penetrando más y más en el cuarto para colocarse justo en medio de Eva y Martín.

—Voy a revisar la casa —concluyó Martín—.
Quedaos aquí hasta que yo vuelva.

En la habitación de Nina no había nadie. Bajó la escalera haciendo un ruido insoportable como si quisiera alejar a alguien espantándolo. Podían oír cómo recorría todas las habitaciones de la planta baja.

Se abrió la puerta del sótano y los pasos se alejaron escaleras abajo. Poco después estuvo de nuevo junto a ellas.

—Nada —dijo.

—Nada —repitió Eva.

21

Los zapatos, desde el suelo, proyectaban un color azul.

Apuntaban directamente a Nina.

Habían parecido grandes cuando Martín los levantó. Como si fueran para pies gigantes con zancadas de siete leguas.

Ahora parecían casi normales. Casi amables.

¿Peligrosos?

Nina no estaba segura del todo.

¡Qué raro que la apuntasen directamente a ella!

¡Qué raro que se hubieran encogido!

¿Peligrosos?

Si diera cuatro pasos, los alcanzaría.

Dio cuatro pasos y los alcanzó.

¡Qué sensación tan extraña tenerlos entre sus manos! ¡Tocarlos con los dedos! Parecían zapatos de lona corrientes y, sin embargo, eran diferentes. Tenían algo que asustaba a Eva y a Martín.

En el zapato derecho había algo escrito con tinta roja en el empeine.

No estaba claro, pero después de un rato se convirtió en una palabra. Zepelín, decía.

Zepelín.



—¡Nina, deja esos asquerosos zapatos! ¡Ve a lavarte las manos enseguida! —le chilló Eva.

Nina se sobresaltó y dejó caer los zapatos como si fueran a morderla.

Un golpe seco en el suelo.

Nina miraba a Eva con miedo.

Eva la miró fijamente, sin decir nada.

22

La casa de verano era una casa iluminada.

De día, por el sol.

De noche, por la luna.

En días de sol, las habitaciones resplandecían.

Parecía que las noches sin luna cerrasen la casa con espesas cortinas.

La oscuridad amenazaba la casa iluminada.

23

Solo había un lugar oscuro y seguro en la casa.

Nina lo había encontrado y se lo había apropiado.

En plena oscuridad, en el último recodo de la escalera, ni arriba ni abajo.

Un lugar para estar sola. Un lugar para reflexionar.

Un lugar para soñar.

Nina tenía miedo a la oscuridad grande.

Pero a la oscuridad pequeña, no; allí, en el último recodo de la escalera, se sentía segura.

24

¡Zepelín!

La palabra relucía en la oscuridad, bajo la escalera.

La palabra tenía aroma de flores de crepúsculo y sabor a helado de vainilla.

¡Zepelín!

Parecía sacada de un cuento de hadas. *Simsalabim*, *Abracadabra* y *Sésamo* se abrió a tesoros escondidos en cuevas y grutas.

Tesoros de cuentos de hadas.

Pero la palabra Zepelín se leía en un zapato de lona de verdad.